

Mónica Rodríguez

Erica Salcedo

María Bichos





Bolardo

A Bolardo lo llevaba en el bolsillo. Mi abuelo me daba la mano y corríamos de aquí para allá. Correr a lo mejor es un término exagerado. Yo, a veces, metía la mano en el bolsillo para asegurarme de que Bolardo seguía allí. Como era muy pequeño, tardaba en encontrarlo. El tacto liso de su caparazón me tranquilizaba.

Un día no lo encontré. Me puse toda colorada.

—¿Bolardo? —preguntó mi abuelo.

Asentí sin llorar, y eso que tenía ganas.

Nos pusimos a buscarlo. Él miró debajo de una piedra, encima de un coche, dentro de un charco. Yo les di la vuelta a los bolsillos, me toqué la nariz, rebusqué en las macetas.

—¡No, hombre, ahí no! —dijo mi abuelo—. Como si volara.

Y luego:

—A ver si...

Se giró hacia la carretera y se rio.



Mi abuelo una vez estuvo veintitrés años riéndose sin parar. Querían ponerlo en el libro *Guinness* de los récords, pero él no quiso. Esta vez dejó de reírse enseguida y me dio un codazo. Señaló la barra de hierro que impedía el paso de los vehículos a la acera y que se llama bolardo, como Bolardo.

—Bolardo y bolardo —dijo mi abuelo.

Y volvió a reírse. Fue una risa que habría valido por un año.

